

dimiento humano que existen, como es notorio, con el nombre de academias de la lengua, sociedades de autopsia mutua por cuyas mesas de disección van pasando los miembros fenecidos con aparente complacencia de los sobrevivientes.

En este caso somos los americanos los que ocupamos el anfiteatro. Por esto y por la competencia insuperable del operador, por su imparcialidad manifiesta, y por la alta reputación de la cátedra en que hace sus explicaciones me ha parecido útil traducir de la última conferencia la parte que se refiere a la poesía castellana en América. Estas conferencias no han sido publicadas aún y es posible que transcurra mucho tiempo antes de que sean puestas, en forma de libro, al alcance del público británico. Lo que sigue es, pues, una primicia que el conferencista ha querido otorgarme en beneficio de los numerosos lectores de *La Nación*.

Por tratarse de poetas americanos y con más extensión de Rubén Darío, en cuya formación tuvo parte tan generosa la hospitalidad que le brindaron estas columnas, y a cuya gloria ha contribuido sin tasa la ciudad de Buenos Aires, considerada por el poeta como una de sus patrias espirituales, he creído que el análisis de su arte, hecho por un extranjero, en uno de los hogares predilectos de las ciencias exactas y de investigación, sería recibido con agrado por el público a quien solía deleitar con sus crónicas el poeta de América.

«Si los hados fueron crueles con Núñez de Arce, —dijo el conferenciant— negándole la oportunidad que él buscaba de repetir sus hazañas en el dominio del patriotismo épico, le concedieron otras dádivas en compensación y con mano largo. El, sin embargo, no lo creyó así, y no se resignó a los decretos del destino. Pensaba que podía haber sido distinto de lo que fué y naturalmente más grande. Los desastres sufridos por la patria española le abatieron, y su salud empezó a declinar. Su carrera política no fué un éxito. El optimismo de su juventud le cedió el campo a un pesimismo abrumador. Su espíritu les negó hospitalidad a las nuevas ideas y aun en el dominio del arte no fué capaz de asimilarse a las teorías recientes sobre forma poética que circulaban en el ambiente. Era un parnasiano convencido y cuando las ideas parnasianas comenzaron a ser puestas en tela de juicio sintió que se aproximaba el fin del mundo. Tiempo hubo en que pudo gloriarse de haber fundado una escuela en que estaban incluidos Emilio Ferrari y Manuel Reina, pero ese tiempo se había desvanecido y fué dura cosa para Núñez de Arce y aflictiva en extremo descubrir que Rei-

na era accesible a nuevas influencias que él mismo no podía apreciar.

«Estas influencias habían estado en el ambiente hacía mucho tiempo; pero su impulso determinante provino de la América española, que estaba en camino de formar una literatura poética independiente y propia suya. En días ya muy lejanos, antes de que aquellas comarcas hubiesen llevado a cabo la conquista de su independencia política, los hispano-americanos seguían satisfechos y con docilidad las modas literarias de España. La Monja de Méjico era a todas luces gongorista de pura cepa. Y viniendo a días más cercanos no hay nada característicamente personal o rebelde en la obra de Andrés Bello y de Olmedo. Heredia es, en cierto modo, una sombra de Espronceda. Lo más que podemos reivindicar en beneficio de estos escritores es que el paisaje en ellos, y el escenario, es americano. Su manera de sentir, su fraseología, sus ideales son innegablemente españoles. Los hispano-americanos de entonces que venían a Madrid regresaban (como Felipe Pardo) a convertirse en centro de influencia española genuina en América, o, si arraigaban en el solar de la raza, como Ventura de la Vega, la Avellaneda, Rafael María Baralt, se españolizaban y sus obras pueden, por lo tanto, ser consideradas como parte integrante del caudal literario español. Tal vez el solo escritor americano del sur, anterior a 1870, que no puede ser considerado como español es Gregorio Gutiérrez González, autor de la famosa «Memoria sobre el cultivo del maíz» (1866); y en su caso, lo que lo pone a uno en guardia no es tanto la diferencia de método cuanto la peculiaridad del asunto tratado. Pero en una época más reciente la individualidad de los poetas americanos del sur se afirma más y más y de una manera enfática. La exactitud de esta proposición no viene a menos por la circunstancia de que algunas de las tendencias modernas en poesía son discernibles primero en los versos castellanos de una señora a quien conocemos con el nombre de Rosalía de Castro, pero que aparece en el registro civil como Rosalía Castro de Murguía. No se les habrá escapado a ustedes que he hablado de «sus versos castellanos» y esto no es una distinción ociosa, porque la Sra. Murguía era gallega, escribió, ante todo, versos en gallego y se acercaba ya al fin de su vida cuando dió a luz un volumen de versos en castellano titulado «En las orillas del Sar». Es la usanza de nuestros días señalar este volumen como principio y germen de todo el movimiento «simbolista» en la poesía española, pero lo cierto es que no se le dió mucha importancia al tiempo de su publicación en 1884. El libro o pa-

só completamente inadvertido o fué considerado como un esfuerzo atendible, si acaso no muy feliz, de parte de una escritora bilingüe, en busca de la manera más apropiada de transplantar a Castilla la «magia céltica» o el fulgor melancólico de la inspiración gallega. Acaso los zahoríes de 1884 tuvieran por falta de maestría en el uso del instrumento poético los acentos de la musa gallega que, a nosotros, familiarizados con las libertades de los modernistas, nos parecen ensayos vitales en la empresa de galvanizar la paráltica estructura del verso castellano. (1)

«No fué sino más tarde y en una dirección inesperada, cuando vino a tomar forma definitiva la reformadora influencia. Es cosa sabida de todos que la moderna literatura española está influída considerablemente, acaso en demasía, por las modas literarias que suelen prevalecer en Francia en cualquier momento. Nadie lo duda; pero lo que no todos dicen es que no se disipan caudales de simpatía entre las razas que quedan a los dos lados de los Pirineos. Hay una repugnancia inexplicable de parte de los españoles a reconocer su deuda literaria para con Francia—como si todo el mundo no estuviera literariamente endeudado con la patria de Ronsard, de Voltaire y de Hugo. Campoamor mismo era muy cauto en reconocer que hubiera tomado ideas de Víctor Hugo, como si los grandes escritores no recurrieran con abundancia a esta clase de préstamos. A su tiempo los simbolistas «llegaron» y obtuvieron éxito en Francia; sin embargo, no lograron ser oídos en España, especialmente porque no era posible disfrazar la circunstancia de que sus teorías provenían del otro lado de los Pirineos. No había las mismas razones para desechar estas teorías si llegaban por intermedio de tercera persona, y así hubo de suceder que dos hispano-americanos fueron los precursores de la revolución poética que se ha cernido sobre España durante los últimos veinte o veinticinco años.

(1) Las innovaciones métricas de Rosalía de Castro no fueron muy lejos. Una de ellas consiste en juntar dos endecasílabos en una sola línea, lo cual corresponde más bien a una licencia tipográfica.

Su ciega y loca fantasía corrió arrastrada por el
Tal como arrastra las arenas el huracán en el
Y cual halcón que cae herido en la laguna pestilente,
Cayó en el cieno de la vida, rotas las alas para
Tal como arrastra las arenas el huracán en el [vértigo]
Y cual halcón que cae herido en la laguna pestilente, [desierto],
Cayó en el cieno de la vida, rotas las alas para [siempre].

En su poesía han querido descubrir críticos sagaces una actitud nueva ante el espectáculo de la naturaleza; la cual actitud era ya una señal de postración en tiempo de Chateaubriand; estaba en el «Werther», en los libros de Rousseau y fué el calorífico nuevo que creyeron traer a la literatura los románticos alemanes. Estas reservas del conferencista sobre el valor revolucionario de los versos de la poetisa gallega están justificadas por la observación fría de los hechos a treinta años de distancia. No quiero reducir en un ápice el entusiasmo de sus admiradores ante las notas de verdadera emoción que le inspiraron a la poetisa gallega el paisaje y el dolor humano sólo quiero decir que ni el concepto ni la forma tenían para los americanos de 1888 nada, absolutamente nada nuevo.—Nota del traductor.